

nal. Con sus avenidas rectas cruzadas de viento se oponía, sola, a una abigarrada y mítica Bombay más próxima para mí a Kipling que a fines del siglo XX y en la que en cada esquina, escualidos y semidesnudos profetas hablaban de la vida eterna. Vista así, Buenos Aires resultaba poblada por seres a los que parecía faltarles algo, algo inasible pero tan evidente como si se tratara de una ciudad de mutilados. Estas impresiones fueron apareciendo de a poco, desgranándose a lo largo de semanas, en conversaciones aparentemente caóticas. Palabras que formaban un paisaje de fondo sobre el cual se destacaba el punto central de Brenda, una especie de aura de suave fuerza que la trascendía: «No quiero perder la inocencia para mirar el mundo», decía como quien dice otra cosa en medio de las conversaciones de la confitería de la calle Córdoba, mientras los autos y la gente incesante pero sobre todo los autos, oscuros y brillantes, cruzaban veloces por detrás de su espalda, por detrás de los vidrios faraónicos y las columnas de yeso, por detrás de las plantas disecadas y los mozos de blanco, como huyendo sin fin en el crepúsculo hacia el norte de la ciudad.

Más adelante, en el transcurso de las veces, no muchas, que nos encontramos, Brenda tuvo dos aspectos: uno diurno relacionado con su país, su pasado, sus ideas, y otro oscuro que ella de algún modo evitaba o disimulaba, relacionado con las recepciones, la intransigencia maníaca de su marido con respecto a su actitud poco social, a su negativa a usar ropa occidental, a su lenta capacidad de adaptación. Un año antes de su llegada a Buenos Aires —contó alguno de esos días— había conocido a su marido en Delhi. Pude imaginar un casamiento frío y protocolar, de embajada, con un francés veinte años mayor al que apenas conocía. En ese momento, sin embargo, más que su historia personal, me seducía ese país remoto y fascinante que ella instalaba como un crepitante fuego verde a nuestro alrededor. Ese país, entrevisto en lecturas de la adolescencia, en *Siddhartha*, en Gandhi; el país del tigre, del eros perturbador y profundo, el de la rueda cósmica y la reencarnación —me decía yo— había engendrado en algún lugar a esta mujer, sentada frente a mí, con la que compartíamos frágiles signos fundamentales.

Una tarde de viento frío las dos mirábamos absortas la gente que pasaba contentándose los abrigos contra el cuerpo. Sin ningún preámbulo empezó a contar, en voz baja y monótona, que antes había estado casada durante diez años con un hombre de su misma casta y religión. A causa de no tener hijos había sido repudiada por su familia política.

—Fui repudiada —dijo—, después de una humillante reunión de familia. Fui devuelta a la casa de mis padres como un trasto inútil. Él no pudo hacer nada, o no quiso, nunca lo supe porque jamás lo volví a ver. A mí se me quebró el corazón. Antes fui perfectamente feliz. Rabbi Taggur ha dado una idea de lo que significa la felicidad para un hindú: la armonía con el universo. —De pronto pareció recordar que hablaba con un occidental—. Pertenezco a la casta de los brahmanes. Mi padre es un hombre muy rico, de una familia muy antigua en la India. Era bondadoso pero inflexible. Me desgarró de mi casa y me mandó a estudiar a Inglaterra. Antes de eso pasaron

muchas cosas. A los quince años fui elegida bailarina de templo —miró hacia afuera como buscando algo, algún punto de apoyo, pero se encontró con el cruce de Carlos Pellegrini y Córdoba a la seis de la tarde; desde el kiosko voceaban un escándalo financiero—. Es difícil imaginarse desde este lugar lo que eso significa. —Y volviste a mirar fugazmente la calle y después mi cara y repetiste que era casi imposible contar desde esta ciudad tan lejana lo que eso había significado para vos, que sentías un orgullo infantil —sonreíste—, que caminabas por la casa con la nariz hacia el techo y que te pintabas cuidadosamente la planta de los pies de rojo, como correspondía —dijiste— pero que, al rato, te olvidabas y salías al parque buscando el perfume de los cedros—. En mi país —dijo Brenda, ya definitivamente lejos de Buenos Aires y de mí—, el cedro es el árbol de los dioses. Mi alegría me hacía abrazar el cedro como a un amante, pero todavía estaba dormida hasta que conocí a Malik. Yo tenía dieciocho años, estábamos en la casa de campo. Una mañana llegaron un amigo de mi padre y su hijo Malik. Venían a cazar. El calor caía del cielo a torrentes, la casa estaba en penumbra, sólo se oía el sonido del agua en la fuente de la terraza. Allí vi sus ojos por primera vez. Esa misma tarde sucedió algo horrible. Yo había criado una gacela que dormía en la galería de la casa, bajo mi ventana. Al atardecer, mientras probaban las armas para el día siguiente, Malik la hirió sin querer y hubo que sacrificarla. El mismo lo hizo. Abrazada a mi gacela lo odié. Por la noche no pude dormir. Un inexplicable deseo crecía y crecía hasta ahogarme: deseaba ser la gacela y que el cuchillo de Malik entrara en mí. Mi sari estaba manchado de sangre. Me lo saqué. Salí de mi cuarto y entré, desnuda, en el suyo. El me esperaba. A la mañana fue el gran escándalo. Mi padre invocó las sagradas leyes de la hospitalidad y un mes después me mandó a Londres. Cuando volví, me casé con Malik. —Cerró un momento los ojos—. ... *frescas las flores, abiertos, todavía los ojos de la juventud.* ¿Conocías estos versos de Rabbi Taggur?

Negué con la cabeza, un tanto confundida. Apenas podía dejar de asombrarme la facilidad con que jardines y gacelas se instalaban entre las falsas columnas de yeso y los adormecidos mozos de Córdoba y Pellegrini hasta hacerlos desaparecer.

Una tarde dejó de venir. A la semana siguiente llamé a la embajada. Supe por la secretaria que su marido había sido transferido, por razones de salud, a otro país. Pensé que los tres meses que había pasado en Buenos Aires iban a resumir, en el futuro, una etapa confusa de su vida; en un país incomprensible, sin saber casi nada del idioma. Sin embargo, Brenda me daría una sorpresa final: habían sido meses de profundo aprendizaje, dijo la última vez que la vi, cuando pasó a despedirse de sus compañeros de francés. Y tenía razón.

Ahora es de madrugada y todavía faltan algunas cosas, pocas, por decir. El día de hoy, por ejemplo, antes de la llegada del cartero. Ningún signo en especial. La mañana, las compras por mi barrio, un lugar de Buenos Aires con inconfundible atmósfera de ghetto. El bullicio continuo del rodar de la tarde que se transforma en fragor apenas se traspasa la puerta de calle. Algunas veces, la euforia de las veredas

te hace sentir cosmopolita, independiente, como llevada en andas por la corriente incesante, las voces, los negros atuendos rabínicos, la sonrisa del diariero de la esquina, su complicidad momentánea en la que trato de adivinar qué mujer ve cuando me mira: una mujer joven, una mujer madura. El colapso del tiempo en la intersección de la avenida y la calle transversal justo antes de largarme a cruzar, sorteando el agujonazo, evitando con cuidado que la energía se diera vuelta del revés, como un guante viejo, mostrando un reverso apolillado. Era en alguna de esas tardes, Brenda, no la de hoy, pero en alguna de esas tardes, cuando yo sentía el lejano latido de la gaviota, allí mismo, entre las luces de los autos, antes de largarme a cruzar, pensando que tal vez pudiera morir en ese momento sin haberlo dicho, sin intentar transmitir el invisible hilo del laberinto, sin intentarlo y, sobre todo, sin alcanzar a contarle a Santiago lo del cruce, la muerte y la gaviota, porque uno cree que es eterno y que el tiempo espera. Entonces hoy, de regreso, el cartero. Miré largo rato la reproducción del cuadro en la tarjeta postal un mes después que la habías elegido y leí una a una las palabras que habías escrito.

La mujer con largas ropas medievales mira absorta la cara del gato, un gato suspendido en el aire. Hacia el fondo, puertas góticas, se pierden en corredores precisos y a la vez irreales. Una red de tenues trazos fosforescentes unen las manos y la cara de la mujer con la cara y el cuerpo del gato, dibujando sobre sus cabezas, pero en un plano astral, un cruce de pequeñísimos sistemas planetarios. El grabado intenta revelar, al que mira, ocultas correspondencias; transmite un extraño latido, parecido a una señal, que indica, tal vez, el cauce que nos iguala, la certeza de un orden secreto. Algo semejante al misterioso pulso del mundo; algo que deja para siempre afuera los juegos de la destrucción.

La noche termina y este mensaje también, Brenda. No sé dónde estarás y no tiene la menor importancia. Tal vez en Tailandia, tal vez en Roma; deslizándote por la realidad envuelta en esa cualidad de ficción o de sueño, como la deslizaste una vez tras las ventanas de un bar, en una esquina de Buenos Aires. En mi casa, sobre mi mesa, quedan el grabado de la mujer con el gato y tus palabras.

Silvia Iparraguirre